

fulgente. Y cuando se cruza la verja, véense tres patios llenos de nichos, donde brotan hierbecillas amarillentas y pálidas; tres patios como de cárcel, sin un sauce, sin un ciprés, sin esa vegetación que poetiza la muerte... La uniformidad desolada de las lápidas blancas y negras, y el viento del mar que azota el rostro y seca las lágrimas...

No me atreví a penetrar en el recinto. Parecíame como si no hubiese muerto Ilduara, y me la fuese a encontrar erguida, airada, maldiciéndonos a la comandanta y a mí. ¡Peregrina aprensión! Hasta creía oír sus palabras iracundas y despreciativas: «Muy bonito... Vienes a visitarme con la verdulera... Para escándalos, este... Quitate de mi vista, ¡panarra, mal marido!» Entró Argos, apresurada, derecha, sin volver atrás la vista, como las somnámbulas. Doña Milagros y yo nos quedamos a la puerta, mirando cómo declinaba el sol y sus últimos resplandores tendían sobre el Océano unos rizos de oro y fuego, deshechos al punto. Sin decirnoslo, comprendíamos la señora y yo que era muy bonito aquello, que el espectáculo tenía algo de misteriosamente conmovedor. La andaluza había suprimido su cháchara; yo me deleitaba en callar. Un vientecillo fresco, precursor de la noche, vino a acariciarnos. Argos prolongó la visita como un cuarto de hora. Cuando volvimos empezaba a asomar la luna.

X

Pasaron Carnestolendas, y el mal de mi hija arreció, hasta tal extremo, que vi llegada la hora de vencer la debilidad de mi carácter y adoptar alguna resolución, porque aquello más que a santidad trascendía a delirio. Antes de que confirmase mis recelos el médico, había yo comprendido que Argos ni era santa ni penitente, sino enferma.

Después de la visita al cementerio, sus rarezas redoblaron. Había días que se recluía en su cuartito (tenía uno para ella sola, de donde había expulsado a Rosa, bajo pretexto de que Rosa quería espejos, floreros y otras profanidades), y nuestros ruegos para que saliese a comer eran inútiles: dejaba correr horas y horas sin probar alimento, tal vez llorando; lo encendido de sus párpados la delataba. Aquella devoción sordomuda de los primeros días; aquel bullir de la segunda época, aquel piadoso zascandileo en unión de la marquesa de Veniales, Paciencia Borreguero, Regaladita Sanz y demás fundadoras y socias del *Roperito*; aquella afición al canto, aquel continuo ensayar trinos

y *fermatas*, habían cedido el puesto a fúnebre preocupación, a un lirismo que puedo llamar mortuorio. Pasábase en el cementerio muchas tardes; y era lo peor que se escabullía sola, a pesar de mis mandatos. Nunca la vimos más desaliñada, más olvidada de que era mujer, y mujer joven y hermosa. El abandono de su traje sólo podía compararse al de su peinado. Más de una semana trajo vendada la frente con trapos negros, afirmando que era por culpa de unas jaquecas horribles. La venda era angosta, y prestaba singular realce al rostro de la muchacha, en cuyos ojos ardía la fiebre. Todo esto debía asustarme. Consulté, en primer lugar, a mi amiga.

—Si, señó—exclamó la andaluza cuando la manifesté mi propósito de avisar al Doctor.—Hase usted mu bien; pero no se que el Doctor le pueda sacar a la chica los mengues del cuerpo y el clavo del corasón donde afincao lo tiene. Los médicos piensan que tóo es resetar, que tóo es tomar el pulso y dar medicamentos contra el flato y para engordá la sangre, y yo le digo a usted que hay otras cosiyas en el arma, y que los médticos no hasen caso de eya, y son unos jumentos, hablando mal.

—Según eso, ¿V. cree que no la curará el Doctor? Doña Milagros, querida doña Milagros, dígame su opinión, porque estoy que se me puede ahogar con un pelo. V., que ve a la chiquilla a todas horas; V., que la acompaña mil veces (Dios se lo pague); V., a quién, como mujeres que son las dos, ella enterará de cosas

íntimas que conmigo no ha de conferir nunca, sea franca conmigo. Siempre he tenido en V. mucha confianza; pero de algún tiempo a esta parte, la miro a V. como a un ángel bajado del cielo... Y no digo más, porque no quiero enter necerme.

La comandanta sonrió, apoyando su dedito moreno y afilado en sus labios descoloridos, tan lindos y tentadores. Era la actitud de la reflexión, en ella poco usual. Pasaba el diálogo en la sala de la señora, puesta con el aseo algo anticuado y la sencillez sin gusto de las casas meridionales. Las paredes estaban llenas de fotografías de familia, individuos mal engestados, displicentes, vestidos de domingo y apoyados en las estelas jónicas y en los muebles recargados de talla de la guardarropía fotográfica. Me había explicado la andaluza cien veces el parentesco, el grado de consanguinidad y la afinidad que la unían a los originales; pero yo siempre los confundía, viendo, no obstante, en tal exhibición de parentela una prueba de la respetabilidad de la señora.

—¿Ve usted?—solía decirme.—Esta es mi primiya Paula, la que casó el año pasao con este sanguango, un capitán de lanseros... Esta se ha quedao viuda la pobre: Juaniya se yama. Estos son los chicos de esta misma Juaniya. Mire el pequeñiyo, qué mono (ya sabemos que a doña Milagros le parecían una monada todos los chicos). Esta... tan farfantona... la del mantón y el pañuelo... es mi tía la ricacha, la Tomatera de Chipiona, que la disen así porque ganó su for-

tuna cargando tomates para mandá a toda España y a Inglaterra... Podría de dinero está... y yo no me avergónse de ella cuando empesaba a negociar, y así me adora y me hase mil regalos y di se que me dejará su hacienda. A mí el interés no me siega; pero ¿avergónsarme de una mujer honrá? ¡Sabe Dios cuántas condesas quisieran ser como ella! ¿Verdá, Don Benisio?

Esta charla no se repitió hoy, porque la andaluza, como de jo dicho, reflexionaba; operación penosa y difícil para quien era pura espontaneidad, instinto y arremetida franca y súbita, semejante a la del toro que por primera vez ve flotar el rojo e incitante trapo. Al fin sus ojos entornados irradiaron luz de inspiración; y echando mano de toda su diplomacia, de toda su oratoria, de toda su sabiduría, de todo cuanto en ella formaba el elemento intelectual, me embocó este que casi puede llamarse discurso:

—D. Benisio, ya sabe usted que puede pedirme la vía si la nesecita: yo no quiero gastar retóricas para desir que se le apresia... Por lo mismo voy a hablarle como quien pisa huevos, y como quien mete la mano en brasas y no la quiere tostar. Cosas delicás saldrán a cuento, y si usted se me ofende a las primeras de cambio, meteré la cabeza debajo el ala, y agur.

Hice un ademán expresivo animando a la señora a que se explicase, y ella, dando tormento al abanico, aunque ni hacía calor ni estábamos en verano, prosiguió sin perder la gravedad:

—¿Usted se acuerda, santo varón, cómo empe-

saron los trabajos que pasamos en este pícaro mundo los hombre y las mujere?

—Doña Milagros, ¿eso qué tiene que ver?...

—Calma, cristiano, que allá voy. Todas cuantas desdichas y berrinches aguantemos, le vinieron a Adán por Eva y a Eva por Adán, y a los Adanes por las hijas de Eva, y a las hijas de Eva por los Adanes condenaos. Siempre que vea usted una mujer o un hombre con fatigas de muerte, no se derrita los sesos cavilando: es por la otra cara de la luna... ¿está usted? es por un Adán o una Eva, y digasté que yo lo digo. Cuanto zafarrancho se arma por ahí; cuanto inventan los hombres, con esos discursos endemoniaos de mecánicas y de construsiones y de embarcaciones; cuantas trifulcas arman de teatros y bailes y comersios y fábricas y diablos coronaos... todito es por la pingorróna de Eva, por eya nada más. Y cuanto nosotras no componemos y no asicalamos y no depepitamos y no ponemos tristes y no reímos a carcajá y murmuramo y chillamo, y arañamo y reñimo... y no tragamo a la gente... como le susedía a su difunta de usted, señó Neira... tóo es por el perdío de Adán, ni ma ni meno.

Oía yo sonriendo a la señora, por la sal de cielo conque echaba su relación; pero la idea no me parecía ciertamente ni muy nueva, ni muy aplicable al caso presente, o sea al místico desvarío de mi hija Argos. Sin duda doña Milagros leyó en mis ojos, pues se apresuró a añadir:

—Yo siento no tené más labia, más esplicae-ras, y sobre tóo más siensia, para haserle a usted

ver claro como el agua este intríngulis del mundo, que yo ayá a mi móo lo entiendo divinamente... Porque usted ahora dise pa entre sí: «¿Y qué tiene que ver con las arrancadas de mi niña, que todas son por el lao de la iglesia, la casta de los Adanes? Presisamente la chiquiya se corre que quiere entrar monja... y en el convento Adanes yo hay.» Pues velay, Don Benisio: que a las mosita y lo propio a las mujere monías, no se crea usted, tanto las altera Adán de sobra como faltón... y basta, que usted ayúeme a hilar delgadillo esta madeja.

Quedéme suspenso, sin saber qué objetar a tan incongruentes afirmaciones.

—¿De suerte...—pregunté—que V. juzga que Argos... sus males... sus caprichos...?

—Los tontos creerán que son por Dió Nuetro Señor. ¡Calumnia! Por Adán y nada má que por Adán; y si Moragas dise otra cosa, cómprele usted una gaña a Moragas.

—Pero—insistí—¿qué Adán puede ser, doña Milagros, el que me tiene trastornada a la chiquilla? Sospecho que eso no lleva camino; porque si alguno pretendiese a Argos o Argos quisiese a alguien, Argos se compondría, Argos presumiría, Argos estaría como están las muchachas con novio.

—¡Ay que material que es usted, Don Benisio! Pué si no hubiese en el mundo más enreos que los que están a la vista de la gente y los noviasgos a son de trompeta... Mil veces se enrea el corasón, y no lo save más que el corasón mismo: por fuera, nada: gayo tapao.

Me resonaron dentro estas palabras que con vivacidad acentuó la andaluza.

—Su niña de usted es una mosa que tiene en aqueya cabesiya un volcán. Tóo le entra por arrechucho, y se pinta eya a sí misma que siente la cosa más aún de lo que la siente. Por la mañana dise pa sí: «María Ramona, hoy tocan a yorar y a besá el suelo.» Y se la caen los lagrimone como aveyanas, y capás es de lavá el piso con yanto. Pues como diga: «Hoy tocan a cantá...», más canta que un ruiseñor: vos como la suya, que tanto yegue al alma, en mi vida la he oido. Si la da la tema por está de rodiyas, de rodiyas aguanta horas y horas sobre la piedra, sin quejarse, aunque luego se caiga desvanesía de dolor. Si se la pone en el periquito vestir el saco de estameña, el saco suyo ha de ser el más gordo y más bronco y más feo; y dé usted grasia a Dió que no se la ocurra arrastrar tisú, porque lo arrastraría del más vistoso, aunque la costase darse al diablo.

—¡Doña Milagros!—pronuncié, saltando en la silla.

—Perdone...—murmuró la señora, confusa, con tan hechicera mansedumbre que me desarmó al punto.—No he querido ofender... Usted me pregunta... y yo... vamos, tengo la lengua larga... No se me atufe... Diga que me perdona. ¿Así? ¿Pases?

Y para sellarlas, tomó mi diestra y la oprimió contra la parte baja del pecho izquierdo, donde noté que el corazoncito sin hiel brincaba y golpeaba la tela tirante...

—Lo que he quería decir, don Benisio, es que su niña es una pila del telégrafo. Si tuviese novio, un Adansejo en regla, como Dios manda, valdría más que no andar visitando a los difuntos... La cosa es que...

Doña Milagros vacilaba.

—Que... vamos, en el caso de su hija de usted, el Adán no puede ser... no es posible que sea... ¡Ay! se me traba la lengua, don Benisio... ¿no se va usted a enfadar?... Pues... ese Adán de Argos... si es que sale... nos saldrá... apestando a cera; eso... cabal...!

Me puse de pie. En mi cráneo, de improviso, retumbaban voces, carcajadas y burlas infames. ¡Dios justo! Por primera vez se me ocurría la idea, la absurda idea... y ya no iba pareciéndome tan absurda, a los dos segundos de haberla concebido. Recuerdo que me eché a la cabeza las manos, para ahogar aquel estrépito diabólico. Doña Milagros comprendió con su agudeza femenil, y murmuró:

—No hay que apurarse, señó de Neira... Esto que le digo yo a usted no creo que nadie lo sospeche. Ni la misma Argos entiende lo que la está pasando; eya se cre buenamente que anda así, afligía por sus peccos y sus penitencias y sus éctasis... y se figura que las cosa rara que la entran son ayá unas visitas de la gracia de Dios... y no hay para qué desengañarla, que los achares se la han de quitar.

—Pero—tartamudeé—¿por quién, doña Milagros, por quién cree V. que siente mi hija... debilidad... afición... en fin, *eso*?

—¡Eh! No tan aprisa... No he dicho *eso* presuntamente; sólo que se me ha puesto aquí que alguna tontá por el estilo será la madre del cordero.

—Un nombre... ¿No se la ocurre a V. un nombre?

—Don Benisio... es delicaiyo contestar. No nombro a nadie. Usted abra el ojo, fíjese, entérese, como es el deber de tóo padre, de lo que hace su hija y a quién ve... porque también es usted demasiado confiao y blandullón, y con usted hasen su santa voluntá las niñas las veinticuatro horas del día, vamo... Así como su señora, Crfsto la haya perdonao, pecaba de dómina y de regañona, usted parese hecho de merengue: con usted las chiquiyas tienen república. Yo le aconsejo que mire por Argos... y no ha de sacarme usted más, que estaría muy feo calumniar... o salir con algún sinfundo.

No conseguí otra cosa. A mis súplicas opuso la señora un significativo «se ha dicho bastante». Para torcer la conversación, sin duda, preguntome de pronto:

—¿Se ha enterao V. del cambio de ministerio? ¿Ha visto al nuevo Gedeón? Es decir... éste de Gedeón no tiene nada.

—Sí, se me figura que me abrió la puerta una cara desconocida... ¿Ha encontrado V. su ideal?

—¡Ay, mare! pues si estoy que no quepo en mi de goso. Le digo, Neira, que ahora sí me encuentro en la gloria. No sé dónde ha podido desenterrar Tomás semejante alhaja; pero no

he visto náa como eso. Un muchacho más limpio que el oro; da ganas de comer verle: y trabajaor, no se crea usted: que hasta los suelos friega y saca lustre a los hierros del balcón. Mañoso como él solito: mejor guisa que ninguna cosinera: pone el arroz que se chuparía usted hasta el codo. Me tiene el fogón, que dan ganas de colgarlo al cuello por dije. No lo va usted o creer: plancha, pega botones y limpia y sacúe mi ropa.

—¡Atiza! Como una doncella.

—Que sí... Y no se crea usted por eso que es ningún mariquiyas. Es disposición que Dios le ha dao. ¡Ay! Mis pies y mis manos es la criatura. Va le he cobrao una ley...

—Vamos, un estuche.

Quieras no quieras (no tenía yo el menor empeño en admirar las habilidades del nuevo asistente), hubo que dejarse llevar a la cocina por unos pasillos oscuros. Entramos en la oficina de la bucólica, y vimos, de pie ante una mesa de pino blanco, a la nata, flor y espejo de los asistentes, con las mangas de la camisa arremangadas y frotando a todo frotar la hoja de unos cuchillos. El exterior del sirviente era de lo más simpático; pero yo, con cierta repulsión (afirmo que la sentí desde luego), me volví a la señora y pregunté en voz baja.

—¿Es paisano de V.?

—No, valensiano.

Entonces reparé que, en efecto, aquel hermoso tipo meridional sólo podía haberse producido en las márgenes del Turia, que llaman flo-

ridas los poetas. Si no repugna hablar de la belleza de un hombre, hablemos de la de Vicente o *Visanté*, que a tal nombre respondía el soldado. Pálido, con la palidez sana, caliente y marmórea de las razas semi-africanas; de negros ojos, fogosos, largos y brilladores; de facciones correctas, espesa barba que azuleaba de puro sombría, dientes blanquísimos y prócer estatura, era Vicente lo que se llama un arrogante mozo. El brazo ligeramente velludo, que ostentaba su rica musculatura al fregar los cuchillos, tentaría a un escultor; y la mano, fuerte, morena, grande, pero flexible, de noble diseño, lejos de denunciar la baja extracción del fámulo, parecía decir que por sus venas corría ignorada sangre de árabes conquistadores. Al vernos, cuadróse el muchacho, como si viese al comandante en persona.

—Aquí vengo a lusir tus gracias, Visente— dijo la señora con garbosa familiaridad.—Mire usted, Neira, qué tinaja tan fregaita. ¡Ay! En estas sartenes relusiente me gusta a mí freir los huevos, que salen abufiolaos. ¡Caye! Si hasta el perejil me lo tiene este chico que parése un ramiyete—añadió tomando un vaso donde en agua muy clara se encrespaban ramas de perejil.—Abre ese cajón, Visente, alhajiya. Tóo en orden, tóo aseao. ¡Qué almirés! ¡Qué peroll! ¡Qué encanto de chocolatera!

El autor de tantas maravillas se mantenía derecho, inmóvil, callado, y al parecer melancólico, con esa melancolía noble que llevan sellada en el rostro las bellas razas de Levante,

que saben ejecutar con dignidad los menesteres más bajos.

Al salir de los dominios de Vicente, la señora, volviéndose hacia mí con orgullo, preguntóme:

—¿Que me dise usted del muchacho? ¿Es o no es prenda?

Era en la antesala; me acuerdo bien que la figura de doña Milagros se destacaba sobre una cortina de reps verde oscuro, y que sonreía, dejando ver la dentadura de nácar, ornato de su boca de adolescente que empieza a sombrear el bozo. Yo me sentía lastimado, abatido, con inmenso abatimiento, como el que acaba de recibir funesta noticia, o de asistir a un espectáculo repulsivo, o de prestarse a algo que subleva su conciencia y su corazón; y de pronto, en medio de esta depresión moral, de esta angustia mal definida, cuya causa no me era posible inferir, ¡oh vergüenza para mis canas! ¡oh vil y despreciable condición del hombre! ¡oh barro de que somos fabricados, escoria, limo de la tierra, polvo, basura! ¡oh rastro del pecado original! una oleada de profana embriaguez me arrolló, un relámpago cruzó ante mis ojos, deslumbrándolos con el serpear de su luz siniestra; un golpe como de saeta que se clava repercutió en lo profundo de mi ser, y desparovido, comprendí, sin que me quedase lugar a duda, qué género de sentimientos me inspiraba doña Milagros.

Luché como un atleta para que no se me conociese. Sujeté mis ojos, contuve mi lengua, crucé los brazos sobre el pecho, clavándome en

el antebrazo las uñas. Abochornado, sólo quise ocultar mi flaqueza, a manera de asesino que esconde el cuerpo de su víctima. Miraba dentro de mí y me parecía ver negra sentina de maldades. ¡Cuán lejos estaba doña Milagros de sospechar el verdadero estado de mi alma en su compañía y presencia! Sentí impulsos de presentarla los carrillos, diciéndola:

—Abofetéeme V., señora... Echeme como a un perro tífoso... Lo merezco... y me servirá de consuelo el que V. lo haga.

Y en alta voz, en lugar de implorar castigo, lo que dije fué:

—Doña Milagros... me voy ya, sin que V. aclare aquel enigma.

—¿Cuál, cristiano?—y la andaluza se aproximaba.

—Entremos en la sala, entremos—murmuré turbado por la media luz del recibimiento, sofocado por el zumbido de mis arterias.—Aquí pueden oír...

—No, si es que me quiere sacar con tenasa el nombre del Adán... pierde usted el tiempo. Y adiós, amigo... Va a venir Tomás, y le va a volver loco con sus peinaos... Lárguese si no quiere aguantar el solo... ¡Tomás tiene la sangre más gordal! Por hoy, chito: se ha dicho que no. ¡Hasta luego!

Huí. Sentíame tan rebajado, tan indigno de ejercer de padre, que en vez de subir salí solo a la calle, recorrí el camino de la estación, me retiré tarde, no dormí, tuve calentura, y, al día siguiente, en vez de reprender a Argos por sus

exaltadas devociones, madrugué como ella y la acompañé a la iglesia de San Agustín. Ansiaba confesarme, limpiar mi conciencia y ofrecer a Dios, con mi firme propósito de la enmienda, mi arrepentimiento sincero y casi inmediato, pues lo mismo fué calmarse mi vegonzosa fiebre, que pesarme de ella y conocer cuán mal le estaba a mi edad y cuánto ofendía al cielo. Si no acostumbraba importunar a Dios por leves circunstancias de la vida, en la gran tribulación no se me ocurrió pedir consuelo y ayuda a nadie más que a Él.

Mi hija caminaba a mi izquierda, cubierto el rostro, arrastrando sobre las baldosas de las bien empedradas calles marinedinas su blando calzado de beata. Creí notar que lejos de alegraría mi acto de religiosidad, iba de mal talante, reconcentrada y arisca.

—¿Habrà quien confiese a estas horas?—la pregunté antes de entrar en el templo.

—¡Ya lo creo que habrá!—fué su única respuesta.

Adelanté por la navc. Algunas formas confusas se rebullían a uno y otro lado de los bancos: el templo, sin estar obscuro como una cueva, no estaba tampoco claro: era la luz incierta del amanecer. Un jesuíta alto, encorvado, de aire distinguido, salió de la sacristía dirigiéndose al confesonario. Mi hija se alzó el velo, corrió, precipitóse, y balbuceó suplicante:

—¡Padre Incienso!... ¡Padre Incienso! Estoy aquí.

Él proseguía andando, deslizándose, sin mirar a la devota; pero como yo añadiese: «También deseo confesarme», volviése vivamente, se fijó en mí, y exclamando: «Con mucho gusto, señor de Neira, inmediatamente», se introdujo en la garita de madera. Me arrodillé ante la rejilla: Argos se desvió; y, después de las fórmulas y rezos que preceden a la confesión auricular, en un arranque efusivo, sincero, espontáneo, que debió de agradarte, ¡oh Dios, que ves las almas!, derramé todas mis culpas en el oído y en el pecho de tu ministro.

¿Quién, si tiene la fortuna de ser católico, no adivina lo que dije y lo que me respondieron y aconsejaron? ¿A qué profanar contándolo el infame cuchicheo, el misterioso diálogo de nuestras conciencias, las palabras, ya severas, ya consoladoras, las viriles exhortaciones, las advertencias prudentísimas, las firmes e indulgentes frases del confesor, con todo lo demás que atañe a la sabia economía del admirable Sacramento de la Penitencia? Lo que importa es que me levante sereno, aliviado, animoso, en una situación moral que sólo no envidian los que la desconocen, y que allí y sólo allí se consigue con tal plenitud y tan exquisito sabor de bienaventuranza.

—Le daré a V. ahora mismo la sagrada comunión, advirtió el jesuíta doblándose para salir del confesonario.

—¿V yo, Padre Incienso?—susurró la voz de la mujer que aguardaba casi postrada, y en quien reconocimos a Argos.

—V. no se confiesa hoy porque no tiene para qué; se ha confesado ya dos veces en lo que va de semana—respondió el Padre.—Me acerqué sólo a la barandilla del presbiterio; dejé caer la fuente sobre el paño blanco; una oración sin palabras se alzó de mi renegado espíritu... y poco después, temblando de respeto ante el misterio augusto... sentí en los labios el Pan de los ángeles.

Ahora, Satanás, puedes venir... Me he revestido de coraza, he abrazado el escudo, y he jurado que, si te presentas, te llevarás un chasco como para ti solo. *En mí no entrarás*, que diría mi tormento, mi enemiga dulcísima, doña... No la nombremos: más vale.

XI

Apenas salí de la Iglesia, donde Argos se quedó rezando, tuve un trasacuerdo. Pesóme no haber solicitado del director espiritual de Argos una conferencia reservada, uno de esos coloquios que, sin tener la solemnidad sacramental de la confesión, ni su virtud medicatriz para el espíritu, le sirven no obstante de luz y de guía y hacen ver claro lo que no discerníamos antes. Una serie de reflexiones o más bien de intuiciones rápidas, me dijo que sólo el confesor de mi hija podía darme consejo discreto, reservado y prudente. El, mejor que nadie, conocía el verdadero estado moral de María Ramona; él, mejor que nadie, podía confirmar o desmentir las osadas conjeturas de... tengo que nombrarla por fuerza; pero al nombrarla, Señor, purifico mi intención... de doña Milagros. —Consultar con el médico males del alma, se me figuraba que era atentar, en cierto modo, al pudor de la doncella. Únicamente con el sacerdote pueden conferirse ciertas cosas.

Iba cavilando en esto, a tiempo que una voz fuerte y hombruna, pero enmelada, digámoslo